

Intrusos

Juan Carlos López Rentero

Nos colamos por la ventana. Era eso o dejarnos coger. No teníamos escapatoria y Lula apenas podía caminar después de doblarse un tobillo en nuestra huida. La ayudé a subir hasta la ventana y luego me deslicé dentro de la casa con el mayor sigilo, tratando de acallar mi respiración. Permanecimos bajo al alféizar unos minutos, en silencio. La brisa traía el ulular de las sirenas que ya se alejaban, pero en el interior de la casa todo era penumbra y calma. Me senté y Lula se acomodó a mi lado, sobre la alfombra.

Estábamos en una biblioteca. Libros de todos los tamaños se apiñaban en los anaqueles desde el suelo hasta el techo, incluso había muchos ejemplares en una mesa junto a la ventana y otros en la silla que completaba la pieza. Transcurrido un tiempo, indiqué a Lula que siguiera sentada y me incorporé para inspeccionar la estancia y averiguar si podía resultarnos útil como refugio. Caminé hacia la puerta y me asomé al pasillo. Era un corredor con habitaciones repartidas a ambos lados y que acababa en un portón entreabierto. No sé por qué lo hizo pero, mientras yo intentaba explorar la casa evitando cualquier ruido, Lula se arrastró hasta la silla de la biblioteca e intentó levantarse apoyándose en ella. Cometió el error de posar su pie. Desde el corredor escuché su gemido y el estrépito al caer al suelo. Me quedé de piedra. Mi cerebro era incapaz de ordenar a mis músculos una acción. Sólo pensaba en

los posibles habitantes de la casa y en qué serían capaces de hacer si habían oído el golpe. Y, por toda respuesta, fui testigo de cómo la puerta del pasillo se cerró súbitamente, corriendo cerrojo y llave, dejándonos en esa ala.

Rápidamente, volví atrás y encontré a Lula desparramada sobre la alfombra de la biblioteca. Me agaché a auxiliarla:

—¿Estás bien?

—Sí —dijo, y me tendió la mano para que la ayudara a incorporarse, pero al final desistió—. Ahora me duele más el tobillo.

Me miró como si acabara de recordar algo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Hay alguien en la casa —respondí—. Pero es muy raro: han cerrado la puerta del pasillo, como si quisieran atrincherarse en la otra parte.

—¿Crees que avisarán a la policía? —los ojos de Lula se agrandaron de puro miedo ante la posibilidad.

—No lo sé... Tal vez —miré hacia la ventana abierta. Ya era un rectángulo oscuro tras los visillos—. Vigilaré durante la noche por si acaso. Tú descansa. Tampoco podemos ir muy lejos si no mejoras del tobillo.

La acomodé en la alfombra, tapándola con mi chaqueta, y monté guardia junto al alféizar. Me acordé del revólver que tenía sujeto con el cinturón: comprobé que apenas le quedaban tres balas en el tambor. Lo deposité en el suelo, a mano.

—¿Qué haremos si viene la policía? —preguntó Lula, cerrando los ojos.

—Ya se me ocurrirá algo, cielo —dije, no muy seguro de estar siendo sincero.

La policía no vino aquella noche. Ni las siguientes. Era extraño pero, a pesar del hambre y los dolores de Lula, a medida que pasaban las horas nos sentíamos más a salvo en aquel lado de la casa. Sólo la posibilidad de que los habitantes de la otra parte nos denunciaran —o decidieran abrir la puerta del pasillo y

hacernos frente— nos removía el poso de inquietud con el que llegamos a nuestro refugio. Pasé la noche en vela y al despuntar el alba vi que Lula dormía como un angelito, así que decidí estirar las piernas y curiosear un poco. Salí de la biblioteca y avancé por el corredor. Traspasé la primera puerta a mi derecha y me encontré en un comedor que parecía en desuso, aunque estaba limpio. No hallé nada de utilidad y me dirigí a la habitación de enfrente. Era una sala con tapices, desnuda salvo por una vieja mecedora falta de lustre.

Había tres habitaciones más, dos de ellas sin amueblar. Sólo la última llamó mi atención porque era un dormitorio con cama, mesita de noche y armario. La cama parecía cómoda. Enseguida pensé en lo adecuada que era para que Lula descansara ahí. También yo necesitaba dormir algunas horas en una cama de verdad. Eché un vistazo más a fondo. Sobre la mesilla había un libro de tapas manoseadas, de título francés casi ilegible, junto al que reposaba una pipa de enebro y, a los pies de la cama, encontré unas pantuflas de señora. Pero no había nada de comer, ni medicinas que aliviaran la hinchazón del tobillo de Lula.

Eso significaba que la cocina de la casa —y su despensa— y el cuarto de baño —y su posible botiquín— quedaban del otro lado. Y tenía que idear una forma de llegar hasta ellos.

Después de un par de días ya nos habíamos acostumbrado a descansar en el dormitorio y pasar luego la jornada en la sala de los tapices o en la biblioteca. Lula hojeaba los libros para matar el tiempo y engañar al hambre, mientras yo deambulaba de una habitación a otra pensando en cómo conseguir comida y medicamentos. Era frustrante estar allí encerrado, tan cerca de lo que necesitábamos pero sin poder cogerlo. La segunda tarde creí que ya deliraba pues juraría que escuché, junto a la ventana del comedor, a una mujer cantando una nana. Llegaba apenas susurrada, procedente de la otra parte de la casa. Delirio o no, creo que eso fue lo que me dio la idea para

resolver nuestros problemas. Aunque tendría que esperar a la caída de la noche.

Tras anochecer esperé hasta una hora avanzada en la que, supuse, cualquier posible habitante de la casa se habría retirado a dormir. Salí a la calle por la ventana de la biblioteca, resguardándome de eventuales miradas y avancé pegado al muro de la vivienda hacia la parte inaccesible. Pasé bajo la ventana del comedor y al acercarme a la siguiente tuve que ahogar un grito de júbilo. Tenía yo razón. La ventana, más estrecha que las otras, no estaba cerrada. Me encaramé al poyete y abrí del todo la hoja. El hueco era tan estrecho que necesité una serie de ejercicios de contorsionista para pasar por él. Al hacerlo, caí en una bañera. Estaba en el cuarto de baño. A tientas, busqué el botiquín, hallando un armarito con cajas de pastillas, apósitos y vendas.

Una reverberación mecánica, como la de un pequeño motor al ponerse en marcha, me hizo pensar en un refrigerador. Sin duda, la cocina estaba cerca. En efecto, al asomarme por la puerta del baño, vi otra estancia con una mesa de desayuno. Fui hasta allí, busqué la luz y luego la despensa. Me despojé de la chaqueta y la convertí en hatillo con el que transportar a nuestro lado de la casa cuanta comida pudiera acarrear. Encontré latas de conservas, un trozo de queso, pan, algo de chocolate. Llevaba un rato rellenando la chaqueta con mis hallazgos cuando oí un chirriar de goznes seguido de un golpe, como el que haría una cancela de hierro cerrada con precipitación. Me paré en seco, con una lata de guiso de alubias en una mano y un paquete de galletas en la otra. Igual que un ladrón novel y con poco espíritu.

Pasado un momento, agucé el oído pero no escuché nada. No sé cómo tuve valor para hacerlo, ni qué locura me llevó a salir de la cocina y echar un vistazo. Pero lo hice. Llegué a una sala de estar con puertas en cada extremo y, frente a mí, vi la cancela. Me acerqué a ella despacio, inseguro en la penumbra reinante. Muy cerca ya, mis pies se enredaron con

algo y casi caí de bruces. Me agaché para liberarlos y encontré varios ovillos de tejido, con hilos sueltos que se perdían, a través de la cancela, en un zaguán. Era como si alguien los hubiese abandonado en su huida. Abrí la cancela y caminé hacia la puerta que daba a la calle. Mis zapatos crepitaron sobre las losas de mayólica. Al llegar al otro extremo descubrí que la puerta estaba cerrada con llave y no parecía posible forzarla. Eso me hizo pensar que los posibles habitantes de aquella casa eran personas de escaso arrojo que, seguramente, habían preferido huir antes que enfrentarse a unos intrusos.

Regresé a la sala de estar, cerré la cancela y me dediqué a registrar las demás habitaciones. Encontré dos dormitorios con las camas aún deshechas y evidentes síntomas de estar habitados, lo que me tranquilizó: a pesar de los indicios, me empecé a cuestionar si realmente había alguien viviendo en la casa cuando nos refugiamos en la biblioteca y si los episodios de la puerta del pasillo y de la cancela no habrían sido fruto de mi imaginación. Más sereno, enfilé el pasillo y regresé al cuarto de baño para coger vendas y analgésicos para Lula. Con mi botín en las manos, abrí el cerrojo de la puerta del pasillo, giré la llave y me fui a despertar a Lula para curarla e invitarla, por fin, a cenar.

Aquella noche, tras llenar el estómago, dormí hasta media mañana. Lula, despierta desde dos horas antes, había aprovechado para darse una ducha, preparar el desayuno y curiosear por las habitaciones. Mientras paladeaba una taza de mate por primera vez en varios días me mostró una llave que había encontrado colgada de un gancho tras la puerta de la cocina. Parecía ser de un coche. La observé con más atención.

—Yo diría que es de un Citroën —dije.

—Hay un viejo Citroën aparcado enfrente —dijo Lula, sonriendo a medias—. Ven, mira.

Me levanté y nos asomamos por el ventanuco de la cocina. Era cierto. El automóvil era un modelo antiguo pero se veía en buen estado.

—Tal vez nos sirva —dije, volviendo a por mi taza de mate—. Ahora voy a ducharme y luego probaré si la llave corresponde a ese coche.

—Espera —me frenó Lula—. Hay otra cosa que quiero enseñarte.

Me condujo hasta el dormitorio más alejado. Una vez allí, abrió el armario, apartó unos pantalones y me mostró su segundo trofeo del día. Era un sobre sin cerrar. Me lo tendió, animándome a mirar el contenido. Así lo hice y casi lo dejo caer al suelo de la impresión. Estaba lleno a rebosar de billetes.

—Esto nos vendrá muy bien, ¿no crees, papá?

La miré con asombro. Acerté a balbucir algo que no recuerdo. Enseguida, mi pequeña Lula —que ya era toda una señorita— me leyó el pensamiento.

—Lo he contado... Hay quince mil pesos —aclaró. Siempre fue una alumna aplicada y no iba a ser menos ahora—. Suficiente para desaparecer por un tiempo.

Sonreí orgulloso de ella. Y agradecido por tenerla a mi lado en nuestras circunstancias. Le di un abrazo y un beso y me fui silbando camino de la ducha.

Nunca más volví a pasar por Rodríguez Peña, ni a acercarme a la casa. Nos marchamos al día siguiente en el Citroën, tras cargar el maletero con los víveres que quedaban en la despensa, así como medicinas, mudas de ropa y, naturalmente, el dinero. Lula incluso tomó prestados cinco o seis libros de la biblioteca. Y, a pesar del tiempo transcurrido, sé que ninguno de los dos olvidará jamás la aventura que vivimos entre los muros de aquella casa extraña, habitada por fantasmas esquivos. Aunque generosos.

Nota del autor:

Este relato es una respuesta y, a la vez, un modesto homenaje al genial cuento de Julio Cortázar titulado Casa tomada, cuya lectura recomiendo encarecidamente.

Córdoba, noviembre de 2011.